

Un humanista: Justo Gárate

por

JUAN SAN MARTIN

Con fecha 4 de noviembre del presente año me llegó por carta la agradable noticia: el rey Juan Carlos I le concedía a Justo Gárate la cruz de caballero de la Orden de Isabel la Católica. El acto de imposición de esta distinción había tenido lugar el pasado 18 de octubre, en el Salón de Cultura Hispánica de la ciudad de Mendoza (Argentina), donde Gárate reside en la actualidad. La noticia me la comunicó un familiar de Gárate sabedor de la amistad que me une a él desde hace muchos años. Ocupaciones diversas e ineludibles me han impedido hasta la fecha hacerme eco de este hecho que, en mi opinión, no debería pasar desapercibido por razones de estricta justicia. La justicia, pues, y la amistad me obligan a divulgar la noticia y glosar, al mismo tiempo, una figura vasca universal difícilmente clasificable. Porque esa es la primera impresión que siento al hilvanar estas líneas: la dificultad para encuadrar correctamente a una personalidad que escapa a todos los esquemas.

Podría resumir su biografía diciendo, por ejemplo, que nació en Bergara con el siglo; que realizó sus estudios de Medicina en varias facultades españolas; que perfeccionó sus conocimientos en amplias estancias por las capitales europeas, en las que se relacionó con los intelectuales más representativos de la época; que en 1936 jugó un papel decisivo en la creación de la Universidad del País Vasco, de la que fue profesor de Patología general en Bilbao; que puso su profesión al servicio de la causa republicana, con la que estaba compenetrado; y que, tras el triunfo de Franco, se exilió en Argentina, llegando a ser, primero profesor contratado en la cátedra de Patología Médica de la Universidad de Mendoza y, posteriormente, titular de la cátedra de Clínica Médica y vicedecano de dicha Facultad.

Podría dar estos datos, de por sí ilustrativos de una vida intensa, y añadir otra lista de méritos: sus publicaciones sobre los más diversos temas, y no sólo médicos; sus autorizadas traducciones de las obras de Guillermo von Humboldt, creador de la moderna filología comparada, del que es experto reconocido mundialmente; sus trabajos sobre la historia vasca o sobre filología y etnografía. Podría hablar en extenso de innumerables facetas de su actividad humana e intelectual, con la convicción íntima de que, al final, siempre se me iba a olvidar alguna: las tertulias y controversias

epistolares que mantuvo con Unamuno; su trato con Buñuel; la admiración que siente por Cervantes y Goethe, que con von Humboldt forman su trilogía de autores preferidos; la compenetración, pese a la distancia, con su país de origen, que le obligó en su día a polemizar con Borges por unas opiniones despectivas sobre los vascos del escritor argentino; su universalismo, por el que ha estado atento al surgimiento y desarrollo de las realidades mundiales, fueran científicas, políticas o culturales; su inquietud por el ascenso de Hitler; su participación decidida en la evacuación de 500 niños a Burdeos en la finalización de la Guerra Civil.

Me he limitado a exponer retazos sueltos, aunque significativos, de una biografía apretada. Son suficientes para plasmar un estilo de vida, una forma de ser que debería servir de ejemplo a este país y, en concreto, a sus nuevas generaciones, demasiado instaladas, en mi opinión, en una indiferencia acomodaticia o en la intransigencia y el fanatismo más extremos. Actitudes ambas que coexisten y que forman las dos caras de una misma realidad. Ambas tienen algo en común: la pereza de abrirse a nuevas realidades, nuevas experiencias, nuevas fronteras. La pereza de investigar.

Pío Baroja escribió, creo que simplificando, que el vasco se caracteriza fundamentalmente por ser hombre de acción, más que de palabras. Justo Gárate escapa al estereotipo de lo vasco y se nos revela como hombre de acción y de reflexión. Un hombre que traspasa fronteras; no sólo fronteras geográficas o de lengua (lee en 9 idiomas). También las que podrían imponerle su propia especialidad profesional, en una época en la que la especialización tiende a limitar los conocimientos y, lo que es peor, el ansia de un saber global que caracteriza un espíritu humanista.

Quizá esta definición, la de humanista, sea la que mejor cuadre al espíritu inquieto que ha sido y sigue siendo Justo Gárate. Lejos de aislarse en torres de marfil profesionales —y podía haberlo hecho—, su trayectoria vital se ha caracterizado por una constante apertura hacia una realidad que no admite ser fragmentada. Una realidad que no pasa únicamente por la dedicación científica y la actividad intelectual, porque también requiere el compromiso político cuando las circunstancias lo demandan. Ninguno de ellos ha sido descuidado por Gárate. ¿No son actitudes semejantes, ajenas a dogmatismos y estrecheces mentales, las que está demandando a gritos este país?

Cuando tanto se habla de cultura vasca, y a veces de manera tan tendenciosa, cuando echamos de menos la recuperación de ciertos valores cívicos, cuando exigimos altura intelectual que permita un avance progresista del país, creo que los vascos no podemos desdeñar experiencias como la que representa toda una trayectoria vital, a mi juicio ejemplar: la de Justo Gárate, a quien, aunque tarde, deseo felicitar con toda mi alma desde estas líneas.

JUAN SAN MARTÍN ORTIZ DE ZARATE ES EL ARARTEKO
(Defensor del pueblo)